

LA OBRA

REVISTA DE FILOSOFIA Y LETRAS
ARTES * CIENCIAS * EDUCACION

TOMO II

Os hablo ahora imaginándome que sois los destinados a guiar a los demás en los combates por la causa del espíritu. La perseverancia de vuestro esfuerzo debe identificarse en vuestra intimidad con la certeza del triunfo. No desmayéis en predicar el Evangelio de la delicadeza a los escitas, el Evangelio de la inteligencia a los beocios, el Evangelio del desinterés a los fenicios.

JOSÉ ENRIQUE RODÓ

(*Ariel*, 1900).



PUBLICADA POR J. GARCIA MONGE
SAN JOSE DE COSTA RICA, C. A.

1918

MEDITACION DE LA MUERTE

i

Una frente amplia, extraordinariamente pensativa, un rostro que manifestaba en cada una de sus partes una honda sensibilidad, unos ojos vivos que miraban con intensa inquietud como deseando imprimir en las personas y en las cosas que veían todas las bellezas sublimes cuyo perfume delicioso saturaba aquella cabeza viril, un ansia indefinible de mirar hacia el interior de su alma en donde todos los seres y todas las acciones eran sometidos a un análisis detenido al que no escapaban ni los propios anhelos ni las propias acciones, una voz de pausados movimientos que envolvía las cosas en una diafanidad perfecta, unos brazos inquietos que ejecutaban siempre el gesto involuntario de una inteligencia poderosa y de un corazón abierto a todas las generosidades, una energía a toda prueba y un entusiasmo inmenso por lo que era justo y por lo que era noble, así se nos apareció a los ojos de la memoria el poeta-héroe, el polemista ardiente, el perpetuo meditador que, seguro de haber hecho en su vida más de una acción bella, no dudó cuando se sintió desconcertado por las tristezas de la vida en ofrendar la propia existencia en holocausto hermoso ante el más sagrado de los altares que el hombre, en sus ansias de veneración, ha sabido levantar: el de la Patria adorada.

La secreta inquietud que saturaba su alma de artista consumado lo llevó a formar parte de la 'falange sagrada que por los senderos de la vida va entonando, con lucidez profunda, en versos elegantes y sinuosos, los cantos a las ideas primordiales de la existencia.

El libro póstumo que la admiración y el cariño de muchos y sinceros amigos quisieron poner en las manos de todo espíritu ávido de bellezas parece que viene a hacer más amplio el círculo espiritual del noble desaparecido, parece que llega a hacer más profundo y más desesperado el dolor que su muerte nos causó.

La fresca ingenuidad de su mirada franca y afectuosa se revela en todas y en cada una de las estrofas de este libro que llena el alma de angustias y que lleva a los labios las frases dolorosamente inútiles del arrepentimiento.

Aquel hombre de recia fe en el ideal se nos presenta, en este volumen saturado de nostalgias insaciables, como un alma delicada, inofensiva que vibraba solamente a impulsos de un amor activo, sincero y puro hacia las cosas que embellecen el Universo.

En todas las poesías que forman este pequeño volumen se escucha una voz que pronuncia palabras de porvenir, un acento que en su dulzura infinita satura de esperanza y de redención el alma del lector. En ellas se siente con intensidad la deliciosa angustia que se apodera de quien no sabe nunca desesperar aunque todo parezca ponerse en contra de los ideales que en su alma han encontrado un templo de sonoras y altas naves y de fuertes y numerosas columnas.

Su libro es, como fué su vida, un salmo de esperanzas sumas, una sublimación encantadora de los más hondos anhelos y de las más nobles aspiraciones.

Tres grandes amores imperan en la poesía de Rogelio Fernández Güell, tres pasiones infinitas que atestiguan cuán noble fué el alma del trovador que duerme el sueño de los justos en un rincón aislado de la selva costarricense en donde le brindan sombra maternal y benéfica los árboles seculares a quienes él tanto quiso.

Amaba y reverenciaba el poeta todo lo que era grande atrayendo de ese modo sobre su alma privilegiada la cualidad espiritual de lo grande que en él se hacía manifiesta por medio de la nobleza de los pensamientos, y del entusiasmo con que aceptaba cuanta bella iniciativa llegaba a su conocimiento.

Amó la Naturaleza comprendiendo con sabia intuición que en ella todas las cosas son buenas y que todas ellas, en conjunto y por separado, llevan a efecto su función vital exclusivamente para nuestro bien.

En las montañas y en las nubes, en los ríos y en la lluvia, en los animales y en las plantas; en las piedras y en las flores veía el poeta la existencia única de las cosas del mundo espiritual que se evidencian con energía armoniosa en todos los seres del universo.

La Naturaleza cual otra Ariadna bondadosa tendía al poeta desaparecido—como lo tiende a todos los hombres de buena voluntad y de entusiasmos sinceros—el hilo de oro de la verdad que hace sentir la profunda fruición que se experimenta al comprender que el sendero que seguimos en la vida es el que ha de llevarnos a la meta ansiada en donde nos espera la paz del espíritu que nos pone más cerca del Infinito.

De sus poesías se desprende la influencia sutil que exhala todo ser de la Naturaleza, porque Rogelio experimentaba esa misma influencia con toda espontaneidad; en sus estrofas se siente la frescura inefable que satura nuestra alma cuando respiramos belleza y amplitud en la cumbre de una colina desde la cual se dominan campos que ofrendan agradecidos sus mieses y jardines que entonan el cántico sagrado de sus colores y de sus perfumes.

Hay en casi todas las composiciones de este volumen una íntima fusión del espíritu del poeta con el espíritu múltiple y único de la Madre Naturaleza. Debido a eso en ninguna de ellas asoma su rostro repulsivo el desaliento que deja una huella de amargura en el alma del lector, debido a eso la armonía de que están saturadas no despierta en nosotros los sentimientos de angustia o de inquietud intelectual que se vuelven contra nuestras más bellas esperanzas y las mancillan y las destrozan; debido a eso no provocan sus imágenes la fiebre pasional que murmura en nuestros oídos frases de descontento ni la excitación desmedida cuyos resultados inmediatos son el cansancio y el miedo a la existencia.

El amor infinito a las infinitas armonías de la Naturaleza cuyos misterios supo interpretar, hizo de la poesía de Rogelio una poesía inspiradora de honda paz, de esperanzas inefables y de poderosas energías.

Es una deliciosa visión de amor la que surge al conjuro de sus estrofas así como obedeciendo a las artes mágicas de la poesía eterna, en su poema *Los Andes*, de la triste evocación de horribles terremotos, tras la amenaza del cíclope de piedra, surgió, en la mente del bardo, la imagen encantadora del Dios de paz que allá en la cumbre de la montaña que separa dos naciones hermanas se

levanta como símbolo inmenso de la unión de esas dos hijas mayores de la leona de Iberia.

Los otros dos grandes amores de la musa de Rogelio, fueron la Patria y el hogar.

Su libro es un canto no interrumpido a la Patria que formada está, para el poeta, por la pequeña Costa Rica

que parece una lágrima preciosa
del sol,

por la América latina, la hija inocente del proceloso Atlante que surgió al conjuro de una fuerte voluntad de vidente cuando

asombrado vió el piélago profundo,
de un demente a los pies, nacer un mundo,

y por la noble y gloriosa España que fué siempre para Rogelio una fuente eterna de amor y de virtud, en donde su alma ansiosa de reposo, supo encontrar la compañera bondadosa con la cual formó el nido de ilusiones que muy pronto se vió huérfano del vigor extraordinario con que él logró fundarlo.

Esos tres amores provocaron una alegría perenne en la poesía de Rogelio, alegría que nunca se vió oscurecida ni aún cuando la inquietud metafísica trató de insinuarse con sus dudas y con sus esperanzas las cuales, en la mente del noble trovador, no pudieron sino convertirse en afirmaciones de intenso amor a la vida y a las bellezas con que ella, al par de una madre amorosa, sabe rodearnos.

El amor de los amores impuso su regio monograma en todas sus estrofas; así, sin vanidad de ninguna especie,

en una visión exacta del porvenir, pudo el poeta decirle a su patria:

y en tus piedras y troncos esculpida
durará mi canción más que mi vida.

iii

Como su poesía procede de una inspiración pura, en ella no encontramos nunca esa violencia que caracteriza la retórica de otros escritores en quienes parece que algo ha huido ante el choque de ideas que creyeron ser contradictorias y que no eran sino complementarias unas de otras.

Su lírica es ingenua: con ella sueña y canta el poeta, realiza en ella el propio ensueño que ama las ilusiones de la vida porque comprende que ellas son las que nos hacen apreciar la infinita vanidad de todo.

El oscilar vertiginoso de los diversos metros usados que nos lleva con rapidez inesperada de los juguetones pentasílabos a los severos y majestuosos endecasílabos al través de la facilidad grave y sonora de los versos de ocho sílabas, manifiesta que Rogelio, en sus poesías, buscaba el medio de ponerse en consonancia con todas las cosas que lo rodeaban sin dejarse engañar jamás por apariencias alguna. A veces resalta un contraste inmenso entre la frase lanzada al mundo de las armonías sin atavío alguno y la plenitud del concepto por aquella expresado: es que el lirismo profundo, casi filosófico de su alma se impuso en aquella mente privilegiada ante la cual la realidad no dejó nunca de estar presente. Ese lirismo

profundo, casi filosófico, es el que ha esmaltado las poesías del bardo cuya muerte ha de ser siempre llorada, con pensamientos de verdadera intensidad meditativa, con serenas afirmaciones que necesariamente sumen el espíritu inquieto del lector en hondas y fecundas reflexiones de las que surge dotado de mayores energías para la vida en la cual encuentra nuevas y poderosas razones para amarla con intensidad sincera.

Su filosofía es optimista y por lo tanto evocadora de esas idealidades que nos llevan a acercarnos con reverencia afectuosa a todas las grandes cosas bellas que nos rodean y que nos inducen también a estudiar con cariño respetuoso todas las pequeñas cosas bellas de que está formado el Universo.

Su disciplina intelectual era una alegría del alma, era un cultivo perenne de la visión generosa de la vida para la cual había efectuado una valorización genérica perfecta con la que logró comprobar la verdad sublime que el florentino inmortal enunció al sugerir que el Amor mueve el Sol y las demás Estrellas.

Su poesía es de amor; también de amor intenso fué su filosofía. El Amor, para él, fué algo sustancial, algo que posee un valor propio cuya razón íntima corresponde revelar a los hombres que sienten la intensa religión del humanismo.

Por lo tanto no se puede decir que el poeta haya muerto. Basta abrir este pequeño libro que encierra muchos de sus más hondos anhelos, basta recordar una estrofa de las suyas, basta despertar en la mente alguna de las muchas frases sabias que pronunció en la Cámara de Diputados en donde muy pocas veces se escuchan frases de profundidad verdadera, basta repetir una cualquiera

de las afirmaciones que lanzó valientemente desde las columnas de los diarios en donde en muy raras ocasiones se logran encontrar plumas de tanta valentía como la suya, para comprender que si fué posible, de manera cruel e ingrata, hacer que el poeta dejase de vivir, imposible será obtener que la influencia de sus sanas aspiraciones y de sus nobles esperanzas no se hagan sentir continua y eficazmente sobre la conciencia de todos los costarricenses.

El culto del amor y el culto de la ternura universal que él siempre ejerció cual un sacerdote privilegiado, ha de imponerse en todos y en cada uno de sus lectores quienes se sentirán saturados de santa indignación al comprender cuánta bondad hubo en el alma del poeta que distribuía sus afectos más caros entre la Naturaleza cuyas infinitas cosas humildes y tenues prefirió, la Patria a la que dedicó todos los momentos de su vida y en la que seguramente pensó con dolorosa resignación en el momento de su tránsito fatal y el Hogar sacrosanto en el que sembró siempre amor a todo lo que digno de amor es, especialmente la Libertad y la Justicia.

JOSÉ FABIO GARNIER.

(Inédito).

Con los graduados de la Escuela Normal (1915-1917).—De Puntarenas, escribe don Víctor Lizano H., y cuenta que ha establecido en su aula una biblioteca circulante. Su objeto es que los niños adquieran el provechoso hábito de la lectura. Se ha fundado una Caja de Ahorros, que marcha bien. Un niño, por ejemplo, para ayudar en su casa, ha retirado ₡ 11-00.

Termina así su carta: «Si algo le agradezco, querido profesor, es el cariño que por la buena lectura supo Ud. despertar en mí».

(Sigue en la página 63).